

se le achica y el seno se le levanta... ¡ah! las caderas le engordan y se le ven llenotas, pero nada más; el abrigo y el vestido la cobijan mucho... Cuando hay que verla, es cuando no sale y se queda con eso *ampón* que le dicen bata... entonces se señala toditita... sentada, se le ven los pies chicos, chicos... también como los míos (*tentándoselos para rectificar*)... y las piernas, porque las cruza y las campaneas, son muy bonitas, patrón, delgadas al comenzar, no crea usted, y luego, yendo pa arriba, gordas, haciéndole una onda onde todos tenemos la carne, atrás... siempre lleva medias negras muy estiradas y que le relucen, sin una arruga... Hasta *ai* le he visto. Ora, quiere usted que le siga diciendo lo que se le señala más y lo que más le estrujan sus marchantes cuando la *jalonean* y se la sientan en las piernas, allá en la sala?... ¿no se enoja usted?...

Hipólito, á punto de declarar que si le enojaría, y mucho, el que Genaro continuase detallando á Santa con esa mezcla de candor de niño y pillería de granuja, por causa del morbosos afán que el excesivo querer consigo trae de sufrir de cualquier modo por la persona amada, sufrir de palabra, de obra y de pensamiento aunque ella no lo sepa nunca ó nosotros sepamos que no ha de valorarlo al saberlo, Hipólito dijo que no, sólo con su índice, pero lo autorizó levantando la cara, fijando sus horribles ojos blanquizcos, sus ojos sin iris, en la despierta fisonomía del lazarillo.

—Pues es su se-no, patrón!—deletreó Genaro, bajando su voz todavía más, cual si solamente en tan apagado tono debieran mencionarse las

partes ocultas de nuestros cuerpos,—es su seno que le abulta lo mismo que si tuviera un par de palomas echadas y tratando con sus piquitos de agujerear el género del vestido de su dueña, pa salir volando... allí están, en su pecho, y nunca se le vuelan, se le quedan en él, asustadas, según veo yo que tiemblan cada vez que las manos de los hombres como que las lastimaran de tanto hacerles cariños...

—¡Ya!—rugió Hipólito enderezándose,—ya no me digas más, porque te pego... Ya veo á Santita, ya la ví, y bendigo á Dios porque soy ciego y no he de verla como la miras tú!

A partir de esta noche, no volvió el músico á pedirle á Genaro ampliaciones ó retoques en el retrato de Santa; en cambio, tampoco volvió á reír cual solía, faunescamente, al escuchar cuando tocaba sus danzas en casa de Elvira, cómo los parroquianos, excitados, palpaban los encantos de las mujerzuelas. Ahora permanecía inmóvil, pegado á su piano y pensando en sus amores maldecidos. Hubo vez en que casi le grita á Santa “¡cuidado!”, pues la adivinó en inminente riesgo de caer en los brazos de “El Jarameño”, que día á día captábase las voluntades de la moza. Asimismo intentó, por remediar un mal máximo con uno bastante menor y supuesto que el corazón de Santa no vibraba del lado de Rubio, fomentar la simpatía por éste inspirada:

—Santita,—decíale las ocasiones rarísimas ya en que érale dable charlar con ella en el relativo apartamiento que antaño le hiciera dichoso y cobrar esperanzas locas,—Santita ¿en qué ha parado su proyecto de “comprometerse” con aquel

señor Rubio? ¿se acuerda Ud.? Se me figura á mí que él no quita el dedo del renglón ¿ó sí?... Piénselo Ud., Santita, piense Ud. en que es un caballero y en que si le afirma que la quiere, por algo ha de afirmárselo...—Y se azoraba de que Santa, con sus naturales perspicacias, no reparara en el dolor inmenso que á él representábase encomiar á un rival de segundo término, de preferencia al torero triunfante y, por ello, el más odiado. Los otros, Rubio inclusive y por el momento al menos, no le inspiraban celos extraordinarios, á pesar de la continuada posesión que disfrutaban de ella. Eran distintos; provocábanle un malestar meramente físico, mientras los calculaba adueñados de su dama; escozor en la epidermis; amargores en la boca y arrebatos en el humor, pero “El Jarameño” le provocaba fenómenos mucho más intensos é interiores, hasta crispaturas en el mismísimo corazón, que le entrecortaban el respiro y le aventaban á la mente ideas criminales, de crímenes imprecisos ó incomprensibles.

Vaya, la propia “Gaditana”, apasionada igualmente de Santa por efecto no de una perversión sino de una perversidad sexual, luengos años cultivada, poníalo en menos atrezos que el *diestro*: primero, porque Santa abominaba de la práctica maldita y era remotísimo que al fin en ella diera; y segundo, porque aun en ella dando, á Hipólito no le producía la tal celos propiamente dichos, produciéndole más bien indulgencia y risa con su poquito de seguridad de que Santa, entonces, aborrecería á los hombres y sería fácilmente curable, como se cura á los rapaces

que comen tierra ú otras porquerías: sólo amenazándolos con un dedo.

Esta pasión de la “Gaditana” hacia Santa, no era un misterio para ninguna de las de la casa y si Hipólito se hallaba interiorizado debía ser á que las muchachas y Pepa y Elvira reputábanlo por “de la familia”, y á que Santa le despepitó la ocurrencia desde que apuntó:

—Hipo! ya no aguanto á la “Gaditana”. Figúrese Ud. que está empeñada en que yo la quiera más que á cualquier hombre ¿se habrá vuelto loca?... Toda la mañana se la pasó en mi cuarto sin dejarme levantar, arrodillada junto á mi cama y besándome todo mi cuerpo con unos besos rabiosos, como jamás he sentido ¡y Ud. calculará si me han besado!... Hasta lloró, contándome que se tenía por desgraciadísima, que sufría por un montón de cosas, que ya no creía en los hombres ni podía quererlos, porque son unos tales y unos cuales, que todo le daba asco, y que si yo la rechazaba haría una barbaridad gorda... Supuse yo que se habría emborrachado anoche y por eso se manifestaba tan rara... ya ve Ud. lo mal que amanece uno al día siguiente de una borrachera! y se lo dije, le dije: “Anda y acuéstate, mujer, para que se te pase la *cruda* y te vengan otros pensamientos, no seas tonta...” pero me juró que no había bebido, ni gota, y volvió á las andadas de que sufría mucho y de que la perseguía la desgracia, sin dejar de besarme, diciéndome flores entre los suspiros y las quejas: “Qué bonita eres, hija, pero qué bonita ¡prediez!...” Hasta que me fastidió y se lo dije claro: “Pues mira, “Gaditana”, me alegro por la noticia

y márchate á tu cuarto, que me voy á levantar...“ Nunca se lo hubiese dicho, Hipo, si viera Ud. cómo se puso!... Se arrastraba en la alfombra, se mesó el cabello, pataleó como si le diera un ataque, y por último me rogó que le permitiera quedarse allí... “Te prometo,—me decía sollozando,—que no te molestaré más, que ni te hablaré, si te molesta que te hable, con tal de que me consientas permanecer aquí mientras te lavas y te vistes... si quieres, te ayudaré á vestirme como si fuera yo tu camarera, y si no quieres, no te ocuparé ni una silla... mira, aquí me siento, levántate...” Y arrastrándose siempre, fué y se arrinconó entre el canapé y el guardarropa de luna... ¿lo cree Ud., Hipo? ¿verdad que parece cuento?... Después...

Después, unos clientes interrumpieron la narración, exigiendo buena acogida de la muchacha y buena música del pianista, quien no apenó con que le incompletaran aquélla y en cuanto tornó á hallarse á solas con Santa pidió la continuación para conocer el caso á fondo, no obstante que perfectamente sabía el significado de los arranques de la “Gaditana“. Era el vicio antiguo, el vicio ancestral y teratológico que de preferencia crece en el prostíbulo, cual en sementera propicia en la que sólo flores tales saben germinar y aun adquirir exuberante lozanía enfermiza de loto del Nilo; era el vicio contra la naturaleza; el vicio anatematizado é incurable, precisamente porque es vicio, el que ardía en las venas de la “Gaditana“ impeliéndola con voluptuosa fuerza á Santa, que lo ignoraba todavía, que quizás no lo practicaría nunca, contentán-

dose, si acaso, con probarlo, escupir y enjuagarse, según escupimos y nos enjuagamos cuando por curiosidad inexplicable y poderosa probamos de un manjar que nos repugna.

—¿Después?... nada, que la “Gaditana“ se acostó en mi lugar y se tapó con mis sábanas á pesar de hallarse vestida; y que, conforme yo arrojaba al suelo mis ropas, para mudarme de limpio, ella se agachaba á recogerlas y las besó, Hipo, las besó como si fueran las de un amante ó como si fueran reliquias... ¿Qué será eso, Hipo, Ud. lo sabe? ¿lo sabrá Pepa?... Yo no sé qué pensar!... ¿le pego por sucia ó le aviso á Elvira para que la cure? A ver, decida Ud.!

—Santita,—exclamó Hipólito sonriendo y tocando con su mano izquierda algunas notas del piano,—¿es posible que no sepa Ud. qué busca la “Gaditana„? ¿ninguna de las muchachas, ni Pepa ni Elvira, le han hablado á Ud. de eso?... Yo creía que Ud. lo sabía ya y que se prestaba; estoy seguro de que las muchachas creen otro tanto ¿sabe Ud. desde cuándo? desde que la “Gaditana“ se convirtió en su profesora de danzones y á nadie toleraba que la enseñara á Ud. á bailar... ¿no le llamó á Ud. la atención entonces? ¿no se sospechó Ud. algo?

—¿Pero qué es lo que había de sospechar, hombre de Dios, si ahora mismo no sé de lo que se trata!... no se ría Ud., Hipo, que Ud. si sabe que esta es la hora en que no me acostumbro á decir mentiras... ¿qué es?

—Pues eso, Santita, es amor, aunque no lo parezca!... Sí, amor es; no se aturrulle Ud. ni se figure que es á mí ahora á quien le falta un tor-

nillo... Es amor contrahecho, deforme, indecente, todo lo que Ud. quiera, pero amor al fin! La "Gaditana" se ha prendado de Ud!!... No todos los amores ni todas las criaturas nacen lo mismo... véame Ud. á mí, despacio, si es que no lo ha hecho antes, y verá que de puro feo espanto! y ¡caramba, Santita! mi palabra de honor que yo no tengo la culpa y que si llegan á tomar á tiempo mi parecer, habría salido un primor, ó si quiera, feo común y corriente, pero con ojos que vieran, sin esta *ojtal... ojtal... ojtalmía* purulenta que, me lo aseguró un médico, es la responsable de que ande yo á obscuras. Vea Ud. á los nenes que nacen con veinte mil dedos ó con las patas torcidas ó con las cabezas rellenas de agua ¡atroces, eh?... Lo propio acontece con los amores: unos nacen sanotes y derechos, paran con el juez y con el cura; otros medio tuertos, y acarrear llantos, desdichas y engaños... el de Ud. con el militar, Santita, sin ir muy lejos... y otros son los monstruos, como este de la "Gaditana", por ejemplo.

—¿Amor, Hipo, se llama amor!!...

—Sí, Santita, así le dicen los inteligentes... pregúnteselo Ud. á ese borrachín que nos visita y que hace versos; amor de nombre, y de apelativo... el de una señora que se tiró al mar hace muchos años, como cinco mil...

—¿Es decir que á mí me ama una mujer?... Puah! Hipo, me da basca, y donde insista la tal "Gaditana" le daré á probar mis manos y le quitaré la hambre que tiene, con una tunda, de probar á lo que sabe mi cuerpo!... Que me quieran los hombres, norabuena, pero...

—No, los hombres nó, Santita,—la interrumpió Hipólito, abandonando súbitamente el tono zumbón de la plática,—los hombres nó!... Con que la quiera á Ud. un hombre, uno nada más, pero hondo, hasta los huesos, hasta después de la muerte, un hombre que no le eche á Ud. en cara lo que es Ud., y por Ud. viva; un hombre que la adore y que la abrace y la defienda y la sostenga; que se enorgullezca de que Ud. le paga con un poquito de cariño, un poquitito, una miseria, su idolatría tan grande; que la ponga por encima de las estrellas y se la incruste en el alma, le vele el sueño, le adivine el pensamiento, y así le diesen más años que á Matusalem pocos se le hicieran para seguir queriéndola ¡ay, Santita! entonces sí que conocería Ud. la gloria en vida y no volvería á saber para qué sirven las lágrimas ni lo que son las penas, las tristezas, las vergüenzas y los arrepentimientos...

—Hipo,—dijo Santa enseriada también,—ya hay un hombre que me ofrece cosa parecida.

—Ese, le observó Hipólito,—no lo cumplirá, nó y nó! Es demasiado dichoso, lo mimó la suerte, y de lo que Ud. há menester es de un desgraciado, de uno que solamente conozca el reverso de la medalla ¿me entiende Ud.? y que al ser aceptado por Ud. se considere favorecido y no favorecedor... Ya que Ud. reconoce que por desgracia suya está muy abajo, no intente usted asirse de la primera manó que le tiendan de arriba y que puede cansarse ó soltarla á la mejor... Ud. inclínese, busque por entre sus pies, y con lo que tropiece, confórmese... levántelo usted., Santita... levántelo y váyanse á cualquier

parte, cerca ó lejos, es igual... lo indispensable es que la quieran á Ud. mucho por fuera y por dentro, y no que uno se la lleve por capricho, otro por vanidad, otro porque Ud. le gusta como hembra de placer, y nadie por Ud. entera, limpia ó con manchas, como es Ud....

—¿Y dónde he de hallar á ese hombre, Hipo? —demandó Santa impresionada á su pesar y sabiendo previamente lo que le contestarian.

—¿Dónde, Santita?...—repitió Hipólito sofocado, poniendo sus dos manos en el teclado, mas sin hacer sonar una sola nota,—pues vea Ud., se lo voy á decir aunque se ría, que no se reirá, nó ¿por qué habia de reírse?... y se lo voy á decir porque sé que Ud. quiere ya á otro, á ése de que hablábamos, y con él se irá... lo veo, lo veo con estos ojos que no ven nada!... se lo voy á decir, porque es preciso que Ud. lo sepa y porque ya me ahorco con mi secreto... ¡Santita! arrímese Ud., que no nos oigan... ¡Santita! ese hombre soy yo!... yo que valgo menos que un gusano, que como gusano horrorizo y que como gusano he de ir siguiéndola y siguiéndola por dondequiera y con quienquiera que Ud. vaya... yo, Santita, sólo yo, el único que encontrará Ud. siempre dispuesto á...

—¡Jinojo! Hipo, toca el piano y déjate de marear á Santa!—gritó la "Gaditana", furiosa de lo que el coloquio se prolongaba.

Y el músico tocó, excepcionalmente inspirado; y Santa, sin chistar, sentóse en el más obscuro rincón de la sala, estiradas sus piernas, la cabeza en el respaldo de la silla, colgantes los brazos, la mirada en el techo y su mente pensando, pensando, pensando...

Con dos parroquianos cualesquiera que por la puerta asomaron, despabiláronse las chicas, calló Hipólito y se incorporó Santa. Los parroquianos eran de cerveza, y bien servida, sin exagerar la espuma en los vasos ni escamotear las botellas antes de concienzuda ordeña; dos individuos que iban á lo que iban y que defendían sus dineros:

—Toman la cerveza con buenos modos ó ni cerveza damos!—pregonaron á la mitad de la estancia.

Pepa inició el asalto á la bandeja, se armó de vaso haciendo guiños á sus pupilas. Todas, menos Santa, bebieron; los dos ciudadanos eligieron dos mujeres, y luego de liquidar la "Pilsener" subieron á los dormitorios.

Hipólito llevaba rato de haberse vuelto de cara á la reunión, girando en su asiento de bejuco. Y su fealdad, su rostro comido de viruela, con sus horribles ojos blanquizcos de estatua de bronce sin pátina,—que resistían impávidos y muy abiertos la luz de los quinqués de la araña del centro,—destacábase del fondo negro del piano cual se destacan de las pinturas de los biombos y de los esmaltes de las lacas, los rostros espantosos de los bonzos japoneses. Púsose Santa á contemplar su fealdad, detenidamente.

De improviso, Eufrasia, la criada, que raras ocasiones aventurábase hasta el salón, entró cólerica, dirigiéndose á Pepa:

—Doña Pepa, ahí están los agentes, y dicen que vienen de orden superior; ya me canso de repetirles que no son éstas las horas de presentarse, que las muchachas están ocupadas y que

vuelvan mañana... ¡no se separan de la puerta!

—Déjalos que entren, borrica!—le indicó Pepa con el aplomo de quien sabe sus negocios en perfecto arreglo y sabe, además, que dádivas quebrantan peñas; sobre todo peñas así, deleznales y fáciles.

Son los "Agentes de Sanidad" el último peldaño de la pringosa escala administrativa. Escriban sus atribuciones principales en perseguir la prostitución subrepticia y vigilar que las sacerdotizas de la prostitución reglamentada municipalmente, cumplan con una porción de capítulos, diz que encaminados á salvaguardar la salud de los masculinos de la comuna. Y como á la vez disfrutan de cierto carácter de policías, es de admirar, en lo general, el sinnúmero de arbitrariedades que ejecutan, los abusos y hasta las infamias que suelen cometer á sabiendas, arreando á la prevención con señoritas honestas, pero desvalidas y mal trajeadas que resultan inocentes del horrendo cargo de prostitutas, y á quienes se despide con un "Usted dispense", que vale oro. En cambio, cuando las profesionales les untan la mano,—que á la fin y á la postre esta vida es transitoria, inestables los bienes terrenos y hay que acaparar éstos para conlleva aquélla!—pasan inadvertidas las infracciones mayores; salvo el caso en que un alarde de incorruptibilidad les prometa, á la larga, beneficios más pingües. De todos modos, es su apareamiento causa de inquietudes serias; por lo cual, á parte que Pepa de bonísimo talante se adelantó á recibirlos, Santa palidecía, de recordar que su libreta no estaba al corrien-

te. Fué veloz á consultar con Hipólito que, no obstante haber acabado de compararse á un gusano,—y de creerlo para su fuero interno,—de sólo oír el anuncio de esos sujetos, torció el gesto y se puso en pie, dignamente, junto á su piano, en cuya tapa superior apoyó un codo, de espaldas á la entrada por donde escuchábanse las voces de los tales y de Pepa.

—¿Vendrán por mí, Hipo? Hace dos semanas que no paso registro...

—¿Por Ud., Santita?...—exclamó Hipólito en el colmo de la estupefacción,—¿por Ud.?... No sea Ud. ocurrente! Primero cargarían con la casa entera, hasta con los muebles y conmigo, que con Ud. Será algún chisme ó alguna urgencia de que los gratifique Pepa... ya sabe Ud. lo que abusan de su oficio. Y se echó á reír moviendo la cabeza negativamente y haciendo "que no", "que no", en el aire, con su mano libre; cual si con ella ahuyentáse los temores de Santa. No le cabía en el juicio que los abrigara, de ahí su risa frente á la aprensión de Santa, mimada, relacionada y perseguida por todo el México que significa y que supone.

Las demás mujeres, sus libretas en orden, tendían distraidamente la oreja al dilatado parlamentar de Pepa, que comenzaba á incomodarse; desde la sala veíase que accionaba mucho, que ofrecía algo. Oyéronse fragmentos del asunto:

—Pero, Saucedo, qué pesadez... esto lo arreglo yo mañana... guárdese este papelucho ¡demonio! no es cohecho, es regalo... si no puede ser, le digo á Ud. que no... es que se le olvidó á

ella, y á nosotras también... ¿no?... pues va Ud. á arrepentirse...

—¡Eufrasia!—gritó luego,—ve á traer un coche y dile á Elvira que baje!... ¡Santa! ponte el mantón!!

Aquello fué un derrumbamiento. Hipólito empalideció más aún que la misma interesada, las compañeras de Santa se arremolinaron en la puerta para cerciorarse de que fuese verdad que se llevaban á la joya de la casa; á la "Gaditana" hubo que sujetarla, porque en furia convertida, vomitaba sapos y culebras contra los impasibles "agentes", que no desamparaban el zaguán. Genaro, atónito, refugióse debajo de la escalera y de allí arriesgaba la mitad de su inteligente cara picaresca.

—¡Canallas!—masculló Hipólito, sintiendo á Santa á su lado,—prométales Ud. más dinero, Santita ¿qué ha de hacer Ud.?

Todo en balde. Los agentes, muy crecidos dentro del odioso ejercicio de sus funciones, no cejaban un ápice; ni por cien pesos habrían abandonado su presa, por orgullosa codiciable, y á su entera merced en lo futuro, después de este susto mayúsculo.

—Fijense Uds.,—les explicaba Hipólito aparte y con solemne entonación,—esta mujer disfruta de unas amistades tan empingorotadas, que hasta los empleos de Uds. peligran... háganse los tontos y en su salud lo hallarán, yo sé lo que les vendo. Y meneaba sus cejas, cerraba sus párpados para ganárselos, como si mirara.

Impuesta Elvira de la novedad, no le dió importancia, auguró un pronto y favorable arreglo:

—Id á la comisaria, Pepa, y nada temáis; son humoradas de este Saucedo...

Mozas y filarmónico contagiáronse de la confianza del ama. Indudablemente había error y Santa y Pepa regresarian en breve y la casa toda reiría de su alarma. Por exceso de precaución, Hipólito mandó á Genaro á la comisaria:

—A ver cómo te las compones para espiar, y si notas síntomas graves, volando á avisarme!...

Con Elvira á la cabeza, el funcionamiento regular del negocio siguió su marcha. Volvió á sonar el piano y la risa de las chicas; volvieron á oirse los taponazos de las botellas descorchadas y las exigencias de los clientes; volvieron los intermitentes eclipses de las educandas que eran escogidas por los apresurados, y el continuo caer de monedas y billetes en la holgada limosnera de cuero que ahora pendía de las muñecas de Elvira, quien por su afán de lucro, prefería descender de su pedestal de señora y dueña, antes que perder un peso si la interina regencia del establecimiento daba en manos inexpertas ó descuidadas. Únicamente el sombrero de Hipólito no volvió á circular ni á producir dinero á su propietario; sólomente Santa no volvía, á pesar de lo mucho que la deseaban dos ó tres prójimos arrellanados en los sillones y costeadando cervezas á las otras, para matar el tedio de la espera. Elvira engañaba á estos últimos, por separado:

—Santa tardará, se halla en su cuarto con un señorón, no te creas... ¿por qué no vas con la Mengana? ¿no te gusta?...

Si, sí, todas eran bonitas, jóvenes, preciosas,

pero todos querían á Santa; todos optaban, en su deseo insaciado, por esperar mansamente, sentados en la sala grande, en la sala pequeña; gastando sus caudales respectivos; saludándose y aun conversando entre sí los que de antemano se conocían; los que mutuamente se ignoraban, trabando relaciones efímeras, cuestión de hablar con alguien, de beber acompañado; amistades que duran lo que tarda uno en vaciar una copa, minutos, al cabo de los que para siempre desaparecen el líquido y el interlocutor. Las muchachas explotaban la espera; hacían gala de sus atractivos escogiendo con admirable instinto á los más fogosos, que, al fin, decidíanse por el cambio y se marchaban resignados con la que les quedaba á tiro, empujados por Elvira y por sus propios apetitos bestiales, empujados por el piano que no cesaba en sus armonías obscenas, empujados por la casa entera que respiraba inmundicia lujuriosa fácil.

—“Bah! nos sale lo mismo, Santa será otra vez”.

Persistieron los menos, uno ó dos que ya se tenían ofrecido estar con Santa y nada más que con Santa:

—“Elvira! unas cervezas y á estas niñas lo que apetezcan!”...

Santa, como todo anhelo, como todo lo que se desea y como todo lo que se espera, Santa nunca volvía.

De veras principiaba á alarmar á Hipólito y á Elvira la tardanza inexplicable. ¿Qué haría Santa? ¿habríanse “atrevido” en la inspección á detenerla? E Hipólito no quiso seguir tocando, so

pretexto de cansancio; después, tocaría después, en cuanto fumase su cigarrillo. Y Elvira echaba viajes, de la sala á la puerta de la calle y de la puerta de la calle á la sala. Hasta que avistó á Genaro, á escape, con su sombrero de palma entre las manos para correr más ligero.

—Le gané al coche ¡caracho!— dijo jadeante. —Ahí viene ya doña Pepa, sola; la niña Santita, presa, se la llevan al hospital... Y se enjugó el sudor del rostro con la manga de su camisa que, por rota, colgábale á manera de deshilachada estola.

En un instante, Elvira inventó una historia para despedir á los obstinados que aguardaban á Santa, y salvar, con el crédito de la pupila, el de la casa. Santa habíase salido á cenar, sin aviso:

—Con esos del *Clú* que no la dejan ni á sol ni á sombra, es mucho cuento... Conque volver mañana, tempranito...

Hipólito requirió su sombrero y su cipión, y sin atender razones, salió en medio del pánico que la noticia tenía producido:

—Condúceme á la comisaría, Genaro, vivo!

En la puerta lo detuvieron Pepa y “El Jarameño” que venían juntos por acaso. Llegaba “El Jarameño” á su visita diaria, á punto que Pepa se apeaba del carruaje; saludáronse en la acera, y en el trayecto, costeano el jardinillo, narróle Pepa el suceso, al que el *diestro* no le encontró, de pronto, la trascendencia ¿de qué se alarmaban?... Mas no bien Pepa se lo detalló con sombríos colores, cargando la mano, era la cárcel, el hospital, el encierro y el sufrimiento, cuando